

Ponencia Política

4º CONGRESO NACIONAL DE FALANGE AUTÉNTICA

OCTUBRE DE 2014

INTRODUCCIÓN

La reflexión falangista transita entre dos ámbitos de una misma realidad. El presente documento no podrá eludir esta norma al ensayar una aproximación a la complejidad de nuestro momento histórico.

Por una parte, nos ubicamos en la actualidad inmediata. Es el dominio de lo urgente, pleno de dificultades y refractario a la especulación de raíz. Constituida por elementos problemáticos que reclaman de manera perentoria unos principios orientativos para la acción, el entorno de lo inmediato no se aviene con facilidad a las previsiones de futuro.

Ávida siempre de medidas apremiantes y automáticas, de soluciones con efectos instantáneos, la política en nuestros días no considera otros elementos que los situados al alcance de la mano. Este ámbito de preocupaciones se nos impone a los falangistas, amigos de las reflexiones de calado, so pena de agostarnos en un estéril frenesí contestatario; o de perfumar nuestras propuestas con el inconveniente aroma del idealismo y la utopía.

Pero en medio de esta confusión, de la propuesta *ad hoc*, de las soluciones *prêt-à-porter*, de las recetas *take away*, un concepto falangista pugna por hacerse audible. **Se trata de la Revolución, de la transformación radical de la realidad circundante.**

Escindidos, como siempre, entre lo espontáneo y lo difícil estamos obligados a elevar propuestas en los dos tempos políticos. Si perdemos de vista esta precondition, los falangistas renunciamos a disponer de un cuadro unificado y coherente para definir nuestros objetivos, enfoques, estrategias y fundamentos teóricos. E incurrimos, tras décadas de reflexión, en la misma confusión que reina en el mercado de las ideas al uso.

A salvo de interpretaciones superficiales, el programa de máximos de *Falange Auténtica* postula la adopción de un modelo político y económico alternativo surgido de un proceso revolucionario. Pero una Revolución pacífica y democrática, coherente con nuestro trilema fundacional: *dignidad, libertad e integridad* humanas.

La aceptación del imperativo revolucionario no cancela por sí misma la deriva escapista y utopista. Por tal motivo, este documento propone un debate en torno al asunto que da contenido, principalmente, a la actualidad política española. Ofrece un punto de vista sobre el desafío soberanista catalán y acepta la dificultad de proponer soluciones urgentes. Pero concluye que todas las problemáticas que, como Patria, hoy se nos plantean requieren de una formulación muy distinta a la que exige la mentalidad bienpensante.



CATALUÑA

Falange Auténtica:

- Rechaza el actual proceso independentista catalán, que considera lesivo para los intereses de los ciudadanos de Cataluña y del resto de España;
- Confirma su defensa de la legalidad constitucional vigente, exigiendo el despliegue de los mecanismos de protección previstos por nuestro Estado de Derecho;
- Se ratifica en la necesidad de un cambio revolucionario, democrático y pacífico de las estructuras económicas y políticas como única garantía de nuestra unidad política;
- Y cuestiona los argumentos de la ideología nacionalista, en general, y las justificaciones del nacionalismo catalán, en particular.

LAS PERSONAS, PRIMERO.

La deriva política que los partidos nacionalistas han impreso a Cataluña durante los últimos años inspira una honda preocupación a los falangistas, convencidos aún de las oportunidades futuras que aguardan a una España unida en sus tierras, sus gentes y sus clases.

A decir de sus oponentes, José Antonio Primo de Rivera es el pensador español no nacionalista más receptivo a la sensibilidad política catalana. Bajo su influencia perenne, *Falange Auténtica* define la diversidad en los términos de un bien de altísimo valor inmaterial, rechaza las tentativas de homogeneización cultural de los territorios y duda de la efectividad de las estrategias destinadas a tal finalidad.

El límite de su aprecio por la alteridad cultural coincide exactamente con el punto de arranque de la ideología nacionalista, cuando defiende el derecho de una lengua o de unas costumbres consolidadas a edificar sobre sí un Estado, y a hacerlo a partir de la deconstrucción de uno preexistente.

En su interpretación del *nacionalsindicalismo*, *Falange Auténtica* concibe al Estado como un conjunto de instituciones al servicio de las personas. Un instrumento para su protección, desarrollo y procuración de bienestar. No obstante, los términos correctos de esta ecuación se invierten cuando los sujetos trocan su condición de amos por la de siervos del Estado; más específicamente, cuando entran al servicio de la elite que conduce al Estado, poseedora de intereses e ideología propios.

Cuando las personas retrogradan su posición original, de amos a la de siervos, se exponen a un descenso drástico en sus niveles de protección, desarrollo y bienestar. Tal es el signo común de todos los regímenes fundamentalistas, sin exclusión del neoliberal. Pero son las tesis nacionalistas quienes ofrecen un ejemplo más tangible de esta remoción de planos.



En consecuencia, y en primera instancia, **Falange Auténtica rechaza las pretensiones del soberanismo porque suponen un riesgo evidente para las condiciones de vida de los catalanes.**

Este rechazo descansa sobre criterios eminentemente fácticos. El sentido común dicta que un Estado cumplirá mejor sus funciones cuanto mayores sean los recursos de que dispone. Es la enseñanza que ofrece la *balcanización*, neologismo que designa el experimento de partición del Estado unitario de la antigua Yugoslavia. Su división en microestados independientes, para el contentamiento de unas minorías étnicas, lingüísticas o religiosas, implicó la fragmentación de las fuerzas y de los recursos disponibles en la zona. La población, como en todas las apuestas a ciegas, debió asumir las brutales consecuencias de la veleidad nacionalista de sus líderes, ávidos de compensar *manu militari* las nuevas carencias con los recursos del vecino.

En opinión de los analistas más ecuánimes, Cataluña no prevalecerá tras un proceso de secesión sin acusar, cuando menos, un notable retroceso en su actual nivel de vida y de desarrollo. Por su perentoria condición, un Estado catalán independiente sólo resultaría viable a ojos de la estulticia. Cataluña siempre afrontará mejor sus retos dentro de la unidad española que no en solitario. Lejos de constituir un caso especial, se asemeja en ello al resto de las regiones del globo y a su necesidad de integración en entidades mayores y más fuertes. Los nacionalistas lo saben, e imploran audiencia ante los portones clausurados de Europa.

Falange Auténtica advierte a los catalanes de los perjuicios inmediatos y duraderos que habrían de derivarse de la segregación. Habrán de enfrentar, en solitario y con una notable disminución de recursos, no ya los retos de la crisis devastadora que atravesamos, sino los sobrevenidos por su nueva definición internacional.

El interés de los nacionalistas, la independencia, y del ciudadano común, el bienestar, se bifurcan irremediabilmente. La opción independentista miente dolosamente al prometer una mejora sustancial en el nivel de vida catalán tras librarse de la obligación de subvencionar al resto de España.

Falange Auténtica mantiene su confianza en la ponderación y el sentido común del catalán medio, estimulado por la evidencia del diletantismo de los líderes nacionalistas y de los mismos postulados de una ideología irresponsable.

— *El viaje a ninguna parte*

Los nacionalistas catalanes sienten la necesidad de una interlocución directa con Europa. Es un anhelo redundante, pues Cataluña forma parte de la Unión gracias a su españolidad.

Cuando el nacionalismo ensaya una identificación de hecho con Europa, a partir de una disparidad de principio con España, no sólo incurre en contradicción sino que arriesga su pilar maestro de legitimación: *la diferencia*.

El ordenamiento jurídico español cuenta entre sus principios rectores con los llamados *hechos diferenciales*, hecho sin parangón en las leyes de la Generalitat de Cataluña. Su política lingüística, por citar un caso emblemático, se ha revelado un instrumento más político que cultural, dirigido a la exclusión más que a la integración. Ejemplifica así a la perfección la paradoja de Hobsbawn: los



Estados grandes e inspirados por principios plurinacionales y pluriculturales garantizan mejor la libertad y el pluralismo cultural que los pequeños Estados, entregados al sostenimiento de la homogeneidad cultural, étnica o religiosa.

Pero si España ya asume los hechos *nacionales* y culturales con naturalidad, aún no se ha hecho patente la misma sensibilidad europea en estas lides.

Por más que fallido, en 2005 la UE logró consensuar el único borrador de Constitución habido hasta la fecha. En el ámbito de lo político, su Preámbulo declara ya la necesidad de “proceder estrechamente unidos, a forjar un destino común”.

Este vector de la política comunitaria pretende justificar la creciente cesión de soberanía de los Estados a la estructura marco continental. Cada tratado de adhesión prevé la completa sumisión de los candidatos a las instituciones comunitarias. No existen indicios que permitan Este recurso al relato histórico de la Reconquista no persigue un fin sentimental, ni enfrentar la emoción del nacionalismo periférico con ningún intento de comparación histórica. Muy al contrario, la última fase de formación del Estado europeo culminará con una deglución de las estructuras políticas y administrativas locales por este gran leviatán.

Ése es el horizonte hacia el que navegan los dirigentes del nacionalismo catalán. En la práctica, exigen una desestimación española de la soberanía de Cataluña para inmolar ésta en el ara de la UE. Resulta imposible soslayar su contradicción al exigir de España un respeto reverencial hacia la diferencia catalana mientras se asume el ideal europeo de máxima atenuación de las diferencias.

Si ésta es la perspectiva de la Europa política, tampoco ofrece la Unión un asiento confortable a la diferencia cultural. Se atribuye a Jean Monnet, el *padre de Europa*, un primer vislumbre de las carencias del europeísmo en este dominio: “si tuviera que volver a empezar de nuevo, yo empezaría por la cultura”. La Europa a la que nos abocamos no es, en modo alguno, esa *Europa de los pueblos* trovada por los movimientos identitarios de todo cuño.

Como ya ocurriera con las estructuras políticas, el destino de los rasgos diferenciales de cultura en el seno de la U E es su perfecta dilución.

Ciertamente, el mismo texto constitucional de 2005 hacía mención al orgullo por las identidades y las historias nacionales. Pero resulta apenas un recurso literario para introducir la erección de un sistema de valores cerrado como fundamento doctrinal de la Unión: *los derechos inviolables e inalienables de la persona humana, la democracia, la igualdad, la libertad, el Estado de Derecho...*

Todos los componentes de este sistema de valores comparten una característica común, cuál es su universalidad. Un código éticamente irreprochable, pero impermeable al matiz, inasequible a la excepción, nivelador de *diferencias*. Un decálogo de obligado cumplimiento, por lo demás, que exige de los Estados miembros una promoción activa.

Cuando el nacionalismo claudica sin reservas ante unos *valores universales*, sean del tenor que sean, pone de manifiesto la escasísima entidad de sus argumentos. Intenta superar la distancia insalvable entre el diferencialismo a ultranza y el cosmopolitismo de la ideología europea. Al hacerlo, deja sin explicar con claridad por qué la *diferencia* se torna tan absolutamente dramática



en su contraste con España, como nimia al ocupar Europa el otro extremo de la balanza. Es una simple cuestión de *voluntad de poder* que tropieza con la evidencia de lo cotidiano, pues no se perciben con facilidad los rasgos que hacen del catalán un tipo diferente del aragonés, valenciano o balear pero similar al pomerano o al silesio.

El nacionalismo adolece, en resumen, de una incapacidad absoluta para comprender la verdadera naturaleza de la UE. La Europa de la que hablan no existe, y no cabe en el seno de la UE el equilibrio entre lo que distingue y lo que iguala, entre lo que separa y lo que une, entre la singularidad y el ecumenismo político, económico y cultural.

Falange Auténtica estima que las tesis del nacionalismo no sobreviven la prueba cuando se examinan de manera crítica a la luz de sus propios considerandos. En cualquier caso, no es asunto que parezca levantar grandes pasiones fuera de los cenáculos soberanistas. A pesar de la insistente asociación nacionalista entre Cataluña y Europa, los resultados del referéndum europeo de 2005 cosecharon un rotundo fracaso en la región. La abstención rozó el escandaloso índice del 60%, superior en dos puntos superior a la del conjunto de España. Es un hecho: al catalán de carne y hueso le interesa menos Europa que al asturiano.

— ¿Un proyecto de todos?

La plúmbea escenografía ambiental de Cataluña y del País Vasco induce una percepción errónea sobre la masa crítica del independentismo. Las manifestaciones multitudinarias a favor de la secesión, como los atentados terroristas de antaño, tienen su contrapunto en ratios numéricas de mayor objetividad.

La institución clave del independentismo catalán es su parlamento autonómico, del que emanan las leyes y el Ejecutivo de la Generalitat. Con frecuencia se invoca el perfil soberanista de la mayoría de sus escaños. Pero esta *nao capitana* recaba un notable desapego ciudadano, cuestión no menor en un régimen formalmente democrático cuya legitimación última recae en la participación electoral.

En 1992, las elecciones autonómicas catalanas alcanzaron un record de abstención al superar la tasa del 45%. En otras convocatorias, esta variable nunca ha descendido del rango del 36%.

No ocurre lo mismo con las elecciones a Cortes. De hecho, Cataluña lidera el diferencial de participación entre las elecciones generales y las autonómicas con sus espectaculares 13 puntos.

A despecho de las soflamas independentistas, los catalanes muestran mayor interés por la política de Madrid (40,0%) que por la de Barcelona (27,3%). Al menos, cuando pueden expresarse bajo el secreto de las urnas. Un resultado previsible, ya que Congreso y Senado se siguen percibiendo como las instancias supremas donde se toman las decisiones de importancia.

En la últimas elecciones autonómicas celebradas en Cataluña, que se daban por decisivas, el bloque soberanista obtuvo un total de 74 escaños frente a los 61 de los partidos no nacionalistas. Se comprueba con claridad cómo el separatismo catalán no constituye una opción tan hegemónica como sus principales animadores quieren hacer valer. Más de 1,6 millones de catalanes se



expresaron a favor de opciones políticas no rupturistas, y la misma cantidad de ciudadanos se quedó en su casa sin ir a votar.

Hay que advertir, en consecuencia, la batalla propagandística que los secesionistas libran contra la elocuencia de los datos: la participación electoral autonómica desautoriza su pretensión de erigirse en portavoces del conjunto del *pueblo catalán*. “El nacionalismo de algunos no basta para hacer una nación de todos”, escribía Jacques Soustelle. En la más pura tradición idealista, aquí Cataluña se encarna en un *yo* práctico, completamente escindida de su base social real, la *mayoría silenciosa* de la que hablan los analistas.

— *Una solidaridad de ida y vuelta*

El Estado español contemporáneo es obra de catalanes, como lo es de gallegos, andaluces o murcianos.

Lo es en términos políticos. Un 10% de los ministros españoles habidos desde 1977 han sido catalanes, contra la inercia de las elites locales de esa Comunidad hacia los partidos nacionalistas. Desde ese mismo año se han sentado en el Congreso un total de 579 diputados catalanes y, lo que resulta mucho más destacable, la Constitución del 78 contó con dos ponentes catalanes, de adscripción nacionalista uno de ellos.

Y lo es en términos económicos. El diferencial de riqueza de Cataluña con el resto de las regiones alcanza el 20%. Pero se engañan quienes atribuyen esta prosperidad a la generación espontánea. El nivel de vida y desarrollo catalán proviene de las políticas unitarias españolas a las que, seguramente, no fueron del todo ajenos los dieciocho ministros catalanes de Franco.

Cataluña siempre representó una de las grandes apuestas económicas de España. Por méritos propios. Pero siempre resulta oportuno recordar que cada inversión adicional del Estado en esta región se detraía de las requeridas en otras latitudes. La solidaridad española hacia Cataluña ha sido inmensa; la que ahora se esperaría de ella, justa y correspondiente.

Sin embargo, la corriente dineraria no ha cambiado de sentido. Cataluña ha recibido 24.000 millones de euros en los años 2012 y 2013, con cargo al Fondo de Liquidez Autonómico (FLA) y al mecanismo de proveedores. A estas cantidades habrá que sumar las nuevas dotaciones en 2014. Cataluña, con 5.774 millones de euros, se sitúa a la cabeza de las comunidades autónomas adheridas con una cantidad mayor de fondos recibido del FLA. El montante calculado por el Gobierno para este ejercicio es de 7.000 millones de euros. Cifras que permitirían hablar de un *rescate* español de la quebrada Cataluña si España y Cataluña no fueran hoy la misma cosa.

— *Destellos antidemocráticos del soberanismo catalán*

La Constitución de 1978 es tan propia de Cataluña como del resto de las regiones españolas... si no lo es más.

El referéndum del 6 de diciembre obtuvo en esta circunscripción un apoyo superior al 90%, por encima de la media nacional. De hecho, fue el cuarto territorio por número de sufragios positivos. Su porcentaje de abstención disminuyó casi un punto respecto a esa misma media. Los catalanes



votaron, en masa y afirmativamente, la propuesta de Estado que hoy nos reúne y que sus dirigentes cuestionan.

Con el auxilio de encuestas de dudoso rigor técnico, que convierten al 47% de los catalanes en independentistas, el nacionalismo da por disipada esta vinculación. Pero tal presunción estadística es inconsistente con los datos procedentes de los escrutinios electorales.

La participación de los catalanes en el referéndum de 2006 para la modificación de su estatuto autonómico no alcanzó el 50%, frente a casi el 70% que registró el constitucional del 78. La marcada tendenciosidad del texto de esa reforma, y el cariz plebiscitario que la Generalitat se esforzó en imprimir a la consulta, enriquecen las cifras con un matiz aún más revelador.

El constitucionalismo unitario ha cosechado más apoyos en Cataluña (63%) que el separatismo independentista (35%). Y en los regímenes democráticos la instancia suprema siguen siendo las urnas, no las encuestas callejeras.

La contundencia de los datos confirma a *Falange Auténtica* en su percepción del proceso separatista: la imposición antidemocrática de un proyecto minoritario sobre la mayoría de los catalanes y la inmensa mayoría del resto de los españoles.

Como todos los movimientos totalitarios en sus fases incipientes, el independentismo catalán se ha dotado de sus *secciones de asalto*. Una minoría militante de amplia base y con capacidad para proyectar una imagen distorsionada del estado de la opinión pública catalana y del reparto de fuerzas en su interior, primando injustificadamente al sector minoritario.

Para *Falange Auténtica* constituye un motivo de preocupación no menor las acciones de estos equipos en las calles, su capacidad de movilización, desobediencia, agitación en las redes y ruptura de la convivencia pacífica y democrática.

Por otra parte, *Falange Auténtica* cuestiona el carácter democrático de la *autodeterminación*. Se ratifica en su discurso de fondo: el foco de la acción política ha de recaer directamente sobre las personas, no sobre los territorios.

Experiencias aún recientes, como el afamado caso de Quebec, muestran con claridad que un referéndum de autodeterminación siempre busca la secesión. Si el pueblo dice no, se exigirá que la consulta se repita, una y otra vez, hasta lograr el resultado que persiguen los secesionistas. Ése sí se dará por definitivo. En estos entornos soberanistas, la voluntad popular sólo es democrática cuando secunda los principios separatistas.

Las consultas que, previamente, hayan podido respaldar el unionismo merecen apenas la consideración de hitos en la formación de una conciencia nacional. Así, todo el aparente espíritu democrático de los nacionalistas se condiciona a que la mayoría les dé la razón. En caso contrario, la democracia es un obstáculo en el camino.



Nuestra postura: defensa de la legalidad constitucional.

Falange Auténtica mantiene una posición equidistante entre el nacionalismo catalán y el español.

Celebramos la diversidad de identidades y particularidades culturales de España, al tiempo que rechazamos la pretensión de dotar a esas entidades de una soberanía política y de una estructura estatal propias. Un movimiento que no viene exigido por ninguna ley universal de inexcusable cumplimiento, sino por la *voluntad de poder* de un grupo que pretende imponerse sobre el interés general.

Pero nuestro rechazo no se asienta en postulados historicistas, esencialistas ni providencialistas. Una vez más, procede de un compromiso con el bien común, primera vocación de la política. También, con el bienestar de las generaciones futuras, a quienes deseamos legar el sólido instrumento de un Estado para afrontar sus desafíos.

Aunque la secular decadencia de España pueda arrojar alguna duda sobre la racionalidad de esta convicción, **Falange Auténtica** considera que los ciudadanos de Cataluña optarían a un futuro más próspero bajo la égida del Estado español que en la soledad de su nacionalismo. Ante esta disyuntiva, nos posicionamos sin ambigüedades a favor de la continuidad histórica y la integridad territorial del España.

Su norma suprema es la Constitución, convertida en blanco de los embates del soberanismo. Defender al Estado pasa por defender la Constitución. En consecuencia, **Falange Auténtica** hace un llamamiento a concentrar todas las energías disponibles para garantizar la legalidad vigente en estos momentos críticos.

Aun cuando el modelo pactado en 1978 se sitúa muy lejos de la concepción falangista de la libertad y la dignidad de las personas, **Falange Auténtica** optó por el marco de la convivencia constitucional desde su misma fundación. La actualidad política ratifica el acierto de esta demarcación inicial, al coincidir hoy el orden constitucional con la última línea de defensa frente al soberanismo periférico.

Esta adopción de las reglas del juego se traduce en una altura moral suficiente para reclamar el derecho a defender la legalidad. Pero el calado de la amenaza actual exige de **Falange Auténtica** un dispendio adicional de generosidad patriótica: suspender, temporalmente, nuestra crítica de las imperfecciones manifiestas de la Constitución del 78 para cerrar filas en torno suyo. Una lección de sentido común, en clave interna, para quienes continúan orillados en el camino esperando a Godot, no se sabe si a Goded.

En consecuencia:

Falange Auténtica exigirá como primera medida la aplicación del Artículo 155, punto 1, de la Constitución vigente:

"Si una Comunidad Autónoma no cumpliere las obligaciones que la Constitución u otras Leyes le impongan, o actuare de forma que atente gravemente al interés general de España, el Gobierno, previo requerimiento al Presidente de la Comunidad Autónoma y, en el caso de



no ser atendido, con la aprobación por mayoría absoluta del Senado, podrá adoptar las medidas necesarias para obligar a aquélla al cumplimiento forzoso de dichas obligaciones o para la protección del mencionado interés general".

— *Una cuestión de soberanía*

En 1978 España se dotó de una Constitución tan radicalmente democrática que se vuelve autolesiva, al acoger su articulado los mecanismos necesarios para la derogación de aspectos determinantes como el de la integridad territorial del Estado.

La existencia de un mecanismo constitucional para fragmentar España es un hecho incontrovertible. Como lo es la presencia de una herramienta de estabilidad, al hacerse recaer la soberanía política en el conjunto del pueblo español. La reforma constitucional, con inclusión de lo relativo a la integridad física del Estado, exige cuando menos la aprobación mayoritaria del Congreso y la ratificación de todos los españoles en referéndum.

En otras palabras, la Constitución bloquea cualquier posibilidad de adopción de decisiones trascendentales para el futuro de la unidad sin el concurso formal de todos los españoles.

En este sentido, *Falange Auténtica* se posiciona inequívocamente contra la denominada *consulta soberanista* orquestada por el gobierno de Cataluña, no sólo por atentar irresponsablemente contra el bienestar de los catalanes sino por violentar, también, el principio de soberanía sancionado democráticamente en la legalidad vigente.

— *Medidas adicionales*

§ El gobierno de España debe mostrar fortaleza y rigor a la hora de disponer los mecanismos previstos para la defensa del orden constitucional. Éstos incluyen la suspensión total de una autonomía regional.

§§ *Falange Auténtica* considera la supresión definitiva de la potestad de las Comunidades Autónomas en materia legislativa. El Senado, como cámara de representación territorial, es una institución constitucionalmente habilitada para ejercer esa función.

§§§ *Falange Auténtica* considera que el desafío catalanista ofrece la oportunidad histórica para revisar los efectos que la transferencia de poder ha causado en la población de Cataluña. Se han de someter a una rigurosa auditoría todas las instituciones surgidas al amparo de esa cesión, bajo los criterios de eficacia, control y transparencia en el gasto público.

§§§§ Finalmente, *Falange Auténtica* estima apropiado el encausamiento de los principales líderes nacionalistas catalanes por si sus actuaciones o declaraciones públicas pudieran ser constitutivas de delito, habida cuenta su extraordinaria deslealtad hacia el orden constitucional y al Estado que representan en su Comunidad Autónoma.

— *Una solución provisional*

Tarde o temprano, el desafío soberanista catalán provocará un ejercicio de autoridad por parte del Estado. No es un panorama evocador. La necesidad de la actuación contundente no va a prestigiar



la imagen de un país europeo ejerciendo la violencia política contra sus ciudadanos. Es de temer la fuerza simbólica de una escena susceptible de presentarse como un pogromo, donde una fuerza policial sofoca con violencia la voluntad democrática de un pueblo inerme.

Sin duda, de entre las múltiples formas de presentar la unidad de España se ofrecerá la menos gratificante: españoles por la fuerza, por el poder de la ley, por la coerción física de las personas.

Pero ni siquiera esta estrategia ofrece una garantía confiable de continuidad, ni puede prolongarse indefinidamente en el tiempo arriesgando, además, la posibilidad de un retorno a *los años de plomo*.

§ En último extremo, la Constitución y la mentalidad democrática por sí misma hacen depender la unidad de España de una campaña publicitaria bien orquestada. Es sólo cuestión de tiempo que las tesis separatistas se tornen mayoritarias en los territorios más directamente implicados por la propaganda nacionalista. Pero el punto sin retorno se alcanzará cuando las reivindicaciones nacionalistas calen en el resto de las regiones, bien por el cansancio que su victimismo y chantaje permanentes han ido generado a lo largo de los años, bien por la apariencia democrática de la demanda de un pueblo que exige gobernarse a sí mismo, bien por la manipulación mediática del uso de la fuerza en defensa de la legalidad, que es una forma edulcorada de referirse a la represión sin nombrarla.

Si, por cualquiera de estas vías, las tesis nacionalistas perforan la opinión pública general de España hemos de recordar que la disolución del Estado es una posibilidad contemplada en la Constitución. Por eso, **cuando las tesis secesionistas ganen la aceptación mayoritaria de los españoles de todas las regiones ya no será posible seguir invocando los principios y la legalidad democrática para justificar la coerción en el cumplimiento de la Ley.**

§§ El escollo principal que afecta al soberanismo catalán es la escasa receptividad del Congreso de los Diputados hacia sus demandas, circunstancia que les adhiere un carácter unilateral.

Pero este desdén sólo es posible en situaciones de mayoría absoluta. En el pasado, los partidos nacionalistas han detentado un enorme poder de influencia sobre los gobiernos centrales. Y nada obsta para que esa situación de privilegio retorne, cuando sea preciso recomponer las mayorías exigidas por el juego parlamentario. Las concesiones hechas a Cataluña por esta vía han sido oceánicas.

En este mismo sentido, debe tenerse en cuenta el afloramiento de nuevas opciones políticas con una notable proyección electoral. La unidad de España no es sólo susceptible a la amenaza del soberanismo, sino a la explosiva combinación de populismo e izquierdismo.

El fundamento del populismo reside en la necesidad de reforzar el lazo afectivo entre el votante y el político. No se trata de permitir que la gente ejerza el poder por sí misma, sino de dotar al discurso político de una forma lo más próxima posible a la expresión de la calle. El político populista se ve a sí mismo como un intérprete imparcial y un portavoz universal de la voluntad popular. Pero no es un intérprete imparcial, por cuanto su visión está inevitablemente sesgada por la ideología que defiende; no es igual el populismo de izquierda que el de derecha. Ni un portavoz



universal, pues va a resultarle imposible dejar de confundir la voluntad general con la voluntad particular del sector popular al que pertenece o representa; véase el caso de Hugo Chávez en Venezuela o de Artur Mas en Cataluña.

Si, hasta el momento, la función encomendada a la demagogia por la democracia formal fue la de coonestar con falsas apariencias la acción impopular de gobierno, el populismo pretende ahora transformar la *breviata* demagógica en un completo programa de gobierno. En el punto que ahora nos ocupa, si un *partido populista* observa atisbos independentistas en la ciudadanía se empleará a fondo para objetivar ese sentimiento, abanderarlo y darle cumplimiento. Populismo y nacionalismo no suelen mirarse mutuamente con demasiados recelos. Véase el ejemplo anterior.

El panorama viene a complicarse, aún más, por la característica peculiar de la mentalidad de izquierdas en España, cuál es su proverbial carencia de tensión patriótica. El nacionalismo no depende, exclusivamente, de la eclosión de un *partido populista* en el Parlamento, porque siempre queda la vía de explotar el sentimiento antiespañol de un izquierdismo incapaz de superar los complejos que lo asolan desde 1936.

Nuestra idea de España

Falange Auténtica es una agrupación política de carácter democrático. Acepta que la pertenencia de las personas a un Estado unificado no puede imponerse contra su deseo mayoritario.

En consecuencia, **Falange Auténtica** acatará el veredicto de un referéndum en el que todos los españoles sean llamados a pronunciarse sobre la continuidad del Estado español.

Previamente, empleará toda su energía en la defensa de la unidad de España, y hará causa común con todas las fuerzas políticas y sociales que compartan su misma posición y la sostengan de manera democrática.

Después, si la tragedia llegara a consumarse, se consagrará a la misión de alzar de nuevo la bandera de la unidad.

Falange Auténtica considera, no obstante, que todo este proceso de disolución puede no ya detenerse, sino revertirse, con un cambio revolucionario de las estructuras políticas y económicas de España.

— *La Patria como superación falangista del nacionalismo*

El término *nación* no es propio del lenguaje falangista. Nosotros pensamos España como una *Patria*.

La *Nación* es siempre un *QUÉ*, definido en los términos esencialistas del historicismo. Posee un carácter estático, que induce el error de una permanencia garantizada. Representa lo que ya se hizo, lo heredado.



Una *Patria* es un *PARA QUÉ*, definido a imagen de la voluntad y la libertad del hombre. Su carácter es dinámico, susceptible de cambio, imprevisible, inacabado. La *Patria* responde a la llamada del quehacer, del porvenir.

Nación y *Patria* responden a dos realidades irreconciliables.

La *Nación* encarna un sujeto histórico en sí misma. Representa una entidad casi sobrenatural, aunque convenientemente incardinada a una elite directriz. La *Nación* posee sus propios proyectos que no requieren, ni mucho ni poco, la coincidencia con los proyectos individuales o colectivos de sus súbditos. Tampoco se detiene a considerar la adhesión que su tarea universal pueda promover entre los suyos, pues no existe recurso tan efectivo como una leva.

Por el contrario, para que haya *Patria* se deben cumplir tres condiciones.

- Presencia de un amplísimo grupo humano, por lo general coincidente con el sustrato demográfico de las llamadas *naciones*.
- Un acuerdo en el interior de este grupo para realizar una tarea en común.
- Que esa tarea resulte lo suficientemente ambiciosa como para merecer la atención y el reconocimiento del mundo entero (carácter universal).

Por eso, la *Patria* no existe sino en función de la gente y de su ímpetu. A diferencia de la pretendida naturaleza de la *Nación*, la *Patria* reviste siempre un carácter voluntario y transitorio, aunque no inevitablemente breve. Incapaz de reconocerse en un hecho providencial y dado definitivamente, la *Patria* está obligada a reinventarse y renovarse cada hora.

El motor que mueve a la *Nación* es el designio histórico; su permanencia depende de la rememoración de sus mitos fundacionales y de las glorias del pasado. La *Nación* depende de *pasar el testigo* a las generaciones futuras, lo acepten o no. La *Patria* subsiste mientras un proyecto de futuro conserve su poder movilizador de las personas.

La *Nación* y sus cultores, los nacionalistas, explotan no sólo el *mito de la diferencia*. También el *mito del origen*, que ensueña un pasado remoto de plenitud y felicidad bajo unas formas políticas de origen étnico y muy apegadas al suelo natal. El acontecer histórico fue eclipsando esta prístina arcadia hasta la decadencia. La causa principal fue el gobierno de los extranjeros, incongruente con la personalidad profunda de aquel país natural y el sentir de sus gentes. La extracción de lo foráneo y la recuperación de una soberanía política plena conducirán a una nueva *Edad de Oro*.

Este lirismo político permite reconocer, en las diferencias entre una *Nación* y una *Patria*, los ecos de la tensión habida entre el *mito* y el *logos* en los albores de nuestra cultura.

En aquel entonces, el triunfo de la razón revistió un carácter puramente instrumental. Tiene que ver con la mayor competencia del *logos* en la resolución de problemas. Así como la ciencia venció a la magia, evidenciando su mayor solvencia en el orden práctico, son de esperar objetivos y resultados más favorables de un Estado que atienda a principios racionales que de aquel que responde prioritariamente a las componentes afectivas y emocionales.



Falange Auténtica plantea el problema de España en los términos de esta misma elección. Por una parte, se ofrece el Estado racional orientado a la resolución de problemas y a la consecución de una vida libre y digna para las personas. Por otra, el Estado sentimental orientado a la satisfacción de la víscera afectiva y a la procuración de una vida libre y digna... para la *Nación*. El bienestar de la gente ocupa aquí una posición subordinada.

Incluso la mentalidad del nacionalismo de filas conserva un átomo de racionalidad en su deseo de *empezar desde cero* en mitad del caos ambiente. Pero esta constatación representa una nueva dificultad: el **Estado racional unitario español no está mejorando las condiciones de vida de los ciudadanos**. No está resultando plenamente racional, al empecinarse en un modelo económico y social que no ofrece los resultados apetecidos.

Se trata de una realidad bien aprovechada por el aparato propagandístico del nacionalismo en su estrategia para socavar la fiabilidad del Estado español como gestor de problemas. Nadie desea permanecer en una asociación que no responde a sus fines. Menos aun cuando la posibilidad de elección ha quedado expedita.

— *El origen real de la decadencia*

El origen de la decadencia española no es metafísico. Proviene de regiones mucho menos ebúrneas.

España no ha dejado de existir, ha dejado de funcionar.

Para **Falange Auténtica**, el colapso español es resultado de la acción coordinada de la economía capitalista y de la democracia aparente y formal. Vaticinamos, en este sentido, un destino similar para el resto de los países del orbe occidental.

El capitalismo es responsable de la sumisión de las personas en la pobreza, la angustia, la desesperación y la falta de horizontes futuros.

La democracia aparente es responsable de la desmovilización de las masas, víctimas del capitalismo, al sancionar la prevalencia de la economía sobre la política; desactivar la posibilidad de una alternativa no homologada por el Sistema; e instaurar la dictadura de las oligarquías económicas y administrativas bajo una falsa sensación de libertad.

Cuando alza la voz y los puños contra España, el catalán militante yerra dramáticamente su objetivo. Son su libertad, su dignidad y su prosperidad las que están en juego, no su identidad cultural. Su ira y frustración hallarían un destino más racional si se dirigieran contra el Sistema que lo condena a sufrir indignidad, tiranía y pobreza. Toda la burbuja del secesionismo estallaría en el momento en que el catalán medio identificara con claridad el verdadero origen de su malestar.

En este sentido, las bravatas antiespañolas no suponen sino un doloso dispendio de energía. La añorada independencia no conllevará otro efecto que blasonar la decadencia, sistémica y globalizada, con una bandera *estelada*. Postrado a los pies del Sistema, el gobierno independiente no será más efectivo que el gobierno autonómico, ni lo será más que el actual gobierno central en la resolución de los auténticos problemas que nos acucian.



Falange Auténtica acepta el diagnóstico calamitoso de la actualidad española. España ya no representa el primer sentimiento de pertenencia para muchos españoles, o no lo representa en absoluto. Pero estima precipitada la conclusión de quienes constatan, en esta realidad, la deriva caótica de una *Nación* sin proyecto.

En primer lugar, porque *proyecto* y *Nación* no son términos contiguos. Es la *Patria* quien requiere de un proyecto. La *Nación* puede demorar toda su existencia contemplándose a sí misma y recreándose en sus glorias pasadas.

En segundo lugar, porque España sí cuenta hoy con un claro proyecto de futuro, por más que se trate del proyecto de su suicidio colectivo. Sus últimas energías están siendo disipadas en el esfuerzo titánico de diluirnos en Europa. Mejor expresado, en eso que nunca debió dejar de llamarse Comunidad Económica Europea.

Cada nueva cesión de soberanía nos incrusta aún más en la macroestructura que representa, por antonomasia, al capitalismo y la democracia aparente a este lado del Atlántico.

Y así, el español esperanzado que vio en Europa una promesa de libertad, justicia y prosperidad se somete ahora con resignación al dictado tiránico de unas políticas comunitarias que lo abisman, cada vez más, en la pobreza, la desolación y la desesperanza.

— *Los nuevos horizontes europeos*

Los dirigentes aparentemente democráticos piden calma a los ciudadanos, mientras sugieren un futuro mejor cuando la crisis capitalista sea superada. Es la consabida táctica de la postergación de expectativas: “hoy no se fía, mañana sí”.

En realidad, lo único que se vislumbra en el horizonte europeo es una vuelta de tuerca a la soberanía política y la independencia económica de los países socios, en perjuicio de sus ciudadanos. Será en forma de nuevos Tratados de Libre Comercio con los Estados Unidos.

Como regla general, estos tratados prolongan la estrategia habitual del *amigo americano* en la Organización Mundial del Comercio (OMC), que consiste en invocar la necesidad de una mayor liberalización de los mercados para facilitar el desembarco de sus productos y servicios en otras fronteras. Afinando aún más la cuestión, se trata de evitar el alegato de las irregularidades éticas, técnicas o jurídicas para dificultar la importación de tales productos o su producción fuera del territorio norteamericano.

El *Acuerdo sobre Comercio de Servicios* (TISA) que promueven la UE y los Estados Unidos es el encargado de aportar una mayor desregularización de los mercados aspirantes a comerciar libremente con el gigante de ultramar. Desregulación que significa una drástica claudicación de las condiciones previas que, en el uso de su soberanía, un Estado impone a la presencia de un producto o servicio en sus mercados interiores.

La desregulación es el Santo Grial del pensamiento económico liberal, y lo es hasta el punto de tener al control estatal por el principal impedimento para el desarrollo y la prosperidad. Llevando el argumento hasta el extremo, que es donde se muestran todas sus implicaciones, si la mano de



obra infantil resulta rentable es un crimen antieconómico redactar una regulación prohibiendo los productos manufacturados por menores de edad.

La novedad de TISA son las cláusulas que impiden volver a regular un sector previamente liberalizado. De este modo, el Estado pierde cualquier potestad sobre una rama concreta de su economía. El prisma ofrece una faceta aún más llamativa: no cabe ya la posibilidad de que la democracia rija en estos sectores definitivamente liberalizados. Si la ciudadanía exige que su gobierno imponga orden o racionalidad en algún ámbito económico bajo la influencia de TISA, no podrá éste hacer otra cosa que alzarse de hombros y alegar impotencia. Un ejemplo más de democracia aparente.

El *Tratado Transatlántico de Comercio e Inversiones* (TTIP) incluye un sistema de arbitraje para los conflictos que puedan surgir entre Estados y empresas. Pretensión que, en la práctica, equivale a situar a los Estados y a las multinacionales en pie de igualdad. Los previsibles conflictos objeto de un eventual arbitraje resultan, en puridad, de la resistencia de las grandes corporaciones internacionales a cumplir las leyes de un país; o de la resistencia de un Estado a dejar de legislar con arreglo a criterios diferentes a los de una gran firma. Si uno de los rasgos distintivos del capitalismo es la subordinación de la política a la economía, revela su fase más avanzada de desarrollo este asalto de la economía a la soberanía jurídica de los países.

Para ejemplificarlo se puede recurrir a un caso emblemático. A finales de la década de 2000, el Estado uruguayo promovió una serie de decretos para la reducción del consumo de tabaco entre sus ciudadanos, siguiendo las indicaciones de la Organización Mundial de la Salud. La multinacional tabaquera Philip Morris respondió instando un proceso judicial contra este país en 2010. El poder de la compañía, amparada en los tratados internacionales de libre comercio, se refleja en la extraordinaria complejidad del proceso. Uruguay ve cómo su soberanía en esta materia legislativa lleva en entredicho desde aquel entonces. El concepto de libre comercio ha llevado a una situación esperpéntica: un gobierno democrático y una empresa comercial pleiteando jurídicamente, en pie de igualdad, ante el *Centro Internacional de Arreglo de Diferencias Relativas a Inversiones* (CIADI) del Banco Mundial.

A fin de evitar cualquier ánimo de defensa de los Estados aparentemente democráticos al poder de las multinacionales, el *Comprehensive Economic Trade Agreement* (CETA) prevé un mecanismo de arbitraje que supone, en realidad, la institucionalización de un sistema extra-judicial para demandar las decisiones democráticas de los parlamentos.

Tal es el panorama que espera a los catalanes, los españoles y el resto de europeos tras la superación de la crisis económica. Y es claro que, a lo largo de esta vía, la desafección catalana hacia la unidad española no hará otra cosa que crecer.

Ajena por completo a los principios de libertad, dignidad y prosperidad de las personas, Europa ha dejado de mostrarse al ojo crítico como la solución que previera Ortega. Europa representa, hoy, un atajo en el itinerario decadente.



— *La Patria española será la Revolución*

El enemigo común de los catalanes y del resto de los españoles es el Sistema. Y *Falange Auténtica* vislumbra en este entable histórico una oportunidad para la unidad y la refundación de España como una Patria.

La refundación a que aspiramos implica la superación de nuestro actual orden constitucional por otro más justo, libre, honesto y próspero, liberado de su postración al capitalismo y la democracia aparente.

Hablamos en los términos de una Revolución.

Sin embargo, a diferencia del proceso de involución constitucional del independentismo catalán, la revolución falangista parte de un respeto absoluto por la legalidad vigente y sólo tendrá lugar con el apoyo, democrático y mayoritario, del conjunto de la sociedad española. El programa de máximos de *Falange Auténtica* tiende a evolucionar la actual Constitución hacia otra completamente nueva pero a partir del orden establecido, que los españoles se dieron libremente a finales de la década de 1970.

Falange Auténtica afirma que, cuando la bandera de la Revolución quede alzada, no habrá un catalán al margen del proyecto de construcción de una sociedad más justa y más humana. Hasta ese punto confía en que la racionalidad, finalmente, ocupe el lugar que le ha usurpado el sentimentalismo nacionalista.

Desde Aristóteles se viene repitiendo que la movilización de los individuos depende, en última instancia, del interés particular de cada uno. Lamentablemente, este aserto ha sido objeto de simplificaciones muy groseras: Helvecio, Bentham, Dumont, etc. La toma en consideración de la complejidad psicológica del hecho humano obliga a rechazar visiones muy al uso, por mucho *contrato social* que se quiera ver en ellas.

A criterio de *Falange Auténtica*, las gentes no se unen, exclusivamente, para colaborar en la satisfacción de sus necesidades básicas y más comunes, por un mero interés material. Hay formas mucho más sutiles y específicamente humanas de asociación y colaboración.

En cambio, las ecuaciones del capitalismo requieren de un tipo humano muy singular, el *homo oeconomicus*, perfecta síntesis de productor-consumidor. Un individuo que ama la riqueza sobre todas las cosas; y la ama en sí misma, como objeto acaparable, acumulable, valioso mucho más allá de su poder transaccional.

Una actitud más sensata ante la vida dispone los recursos económicos como medios para la obtención de fines, no como fines en sí mismos. Y, en términos humanos, la gama es tan extensa como la relación de los valores que los inspiran. Por ello, resulta completamente excesivo pretender que todo interés responda, en última instancia, a una pulsión materialista. Como expresara Nietzsche, sólo el inglés piensa así.

Es una idea alambicada la que afirma que el hombre sólo puede amar el dinero. ¿Y si un hombre amase su propia libertad y dignidad por encima de cualquier cosa? En ese caso, los bienes



materiales recuperan su naturaleza cabal, que no es otra que la de disponer recursos para procurar una vida acorde con la condición humana.

Dice el profesor Antonio Domínguez Ortiz en unos párrafos memorables:

“Algo parecido podríamos decir en cuanto a las masas plebeyas urbanas, cuya innata dignidad y ausencia de servilismo extrañaban y en ocasiones indignaban a los viajeros de otros países. (...) Esta innata dignidad y esta ausencia de actitud servil hacia los superiores han caracterizado siempre al pueblo español que, como escribía Fernán Caballero, ‘se quita el sombrero pero no agacha la cabeza’. Es herencia de la forma de repoblación de Castilla con cultivadores libres, sometidos muchas veces a las prestaciones señoriales, pero no a las formas degradantes del dominio feudal. Herencia medieval era también la aceptación por parte de las clases inferiores del código de honor y del sentido caballeresco de la vida, por lo que puede decirse que si la nobleza, como clase, era sólo una parte de la nación, sus ideales y su estilo de vida impregnaban la totalidad. Estos ideales no coincidían enteramente con los del Cristianismo, pues incluían una fuerte proporción de estimación propia (el famoso orgullo castellano), espíritu combativo, galantería y otros ejemplos (...) Desde este punto de vista puede decirse que la hidalguía, como mentalidad, era patrimonio de la casi totalidad del pueblo español”.

De encontrarse aún presente en la memoria colectiva de los españoles, es precisamente con esta fibra magnífica con la que **Falange Auténtica** aspira a conectar.

No pretendemos con ello ensayar ninguna definición esencialista o nacionalista de lo español. Pero sí constatar una verdad histórica: que las gentes de estos lares llevaron alguna vez sus anhelos de dignidad y libertad hasta el extremo de cumplir una empresa colectiva de resonancia universal. Tal fue la Reconquista, cuyo rebato movilizó la península de punta a punta.

Falange Auténtica confía en que la invocación de esos mismos valores de libertad y dignidad humanas imprima un nuevo impulso patriótico a nuestra vida en común, lanzándonos en pos de una segunda Reconquista. Esta vez, frente a la tiranía de la mentalidad capitalista y la estafa de la democracia aparente.

Hemos de insistir en que este recurso al relato de la Reconquista no persigue un fin sentimental, ni enfrentar la emoción del nacionalismo periférico con ningún intento de comparación histórica. Se trata, tan sólo, de indagar cómo fue posible la unidad de todos los españoles en un proyecto común hasta concluir en la formación de una Patria. E incorporar las conclusiones de esta búsqueda en nuestra propuesta política de futuro.

De hecho, nuestra Revolución recupera tres instituciones nucleares sin cuya presencia la Reconquista no hubiera resultado viable.

Bajo el feudalismo, el campesino de los reinos hispánicos nunca perdió la condición de hombre libre, ni siquiera bajo la protección de un noble. Le asistía el derecho a elegir a su señor, y a cambiarlo si lo estimara oportuno. Es la figura jurídica conocida como *behetría*.



Conforme la Reconquista sigue su curso, estos campesinos libres -que también eran guerreros- adquirirían el derecho de conquista o *presura* sobre los territorios que liberaban. Sin embargo, tal derecho estaba sujeto a *escalio*, pues sólo se reconoce la propiedad de las tierras a quienes vayan a trabajarlas, evitando que las acaparasen unas pocas manos y –mucho más importante- deslizando la idea de una justa vinculación entre propiedad y trabajo.

En eso consistió la Reconquista. Fue obra de campesinos que liberaban, a sangre y fuego, un terrón que cultivar. Los menos favorecidos por la fortuna debían continuar viaje hacia el sur, en pos de nuevas oportunidades. Su empuje y anhelos de libertad y dignidad ni siquiera requerían que un ejército les fuera a la zaga. Todo se reducía a ganar el pan, la propia estima y el respeto de los demás.

Cuando un campesino-soldado se hacía con una pequeña propiedad para su explotación se revestía a sí mismo de señorío. El *señorito* español sería la degeneración burguesa y capitalista de esta grandeza conquistada por nuestros antepasados a fuerza de valor guerrero y trabajo a destajo.

La promesa de dignidad, libertad y trabajo nos convirtió en Patria por vez primera. *Falange Auténtica* reclama la posibilidad revolucionaria de lograrlo nuevamente, bajo idénticas premisas.

— *La Revolución nacionalsindicalista*

Decimos que el único proyecto de futuro que reconocemos es el de la Revolución, mitad reconquista y mitad refundación.

No es dado concentrar, en este reducido espacio, una descripción pormenorizada de la Revolución falangista. Aunque sí somera.

En la interpretación de *Falange Auténtica*, el nacional sindicalismo aspira a un régimen político y económico inspirado en principios que, sin ánimo de exhaustividad, se exponen a continuación.

a. *Principios éticos.*

El Estado nacional sindicalista se declara republicano. Entiende que toda la organización del Estado, así como sus actuaciones, deben estar impregnadas por unos valores éticos que, a la manera de *alma*, orienten la política en un sentido predeterminado. Esos valores son del tipo: dignidad y libertad humanas, justicia social, solidaridad territorial, progreso material, etc.

La mentalidad republicana es espiritualmente aconfesional, respondiendo a su vocación de vincular el mayor número posible de voluntades con el ideal del *nuevo Estado*. A condición de que tales voluntades se hallen inspiradas por valores humanistas, de ascendente religiosa o laica. En coherencia con esta afirmación, se torna beligerante con todas aquellas actitudes hostiles a la dignidad y la libertad de las personas, o en alguna medida discriminatorias.



b. Principios democráticos.

La democracia es el sistema que mejor contribuye a la formación de una sociedad abierta y dinámica, donde la iniciativa personal adquiere un valor más elevado y la libertad política encuentra el clima más adecuado para su cultivo.

Falange Auténtica propugna un modelo político donde todos los ciudadanos poseen el derecho a pronunciarse sobre las cosas públicas que le atañen, decidir acerca de ellas e influir en el modo en que se gestionan políticamente. Esta participación no es propia del régimen *formal* o *aparentemente* democrático que padecemos. Requiere de un sistema nuevo, en que la soberanía se ejerza de forma directa y permanente. Sin intérpretes, sin delegación por espacio de cuatro años a unos perfectos desconocidos que suelen atentar contra el interés de las personas proclamando actuar en su nombre y defensa.

El Estado falangista se caracterizará por consultar con frecuencia a los ciudadanos. Pero no es éste su rasgo diferencial respecto a la democracia *aparente* de los partidos, sino la implantación del **mandato imperativo**. Formalmente prohibido por la Constitución de 1978, este principio mantiene la vinculación entre el ciudadano y el voto que sus representantes emiten en las instituciones. A diferencia del fraude de la *democracia aparente*, el representante electo en el nuevo Estado no decide por sí mismo el sentido de ese voto, ni lo somete a la disciplina de ningún partido o secta. El suyo es un voto delegado por una Asamblea de vecinos o de trabajadores, a cuya voluntad política queda sujeto mientras ejerza su función política.

c. Principios políticos.

Las instituciones básicas del Estado nacionalsindicalista son las Asambleas vecinales y las Asambleas laborales, a quienes corresponde el debate y la iniciativa legislativa en primera instancia.

Estas Asambleas de base eligen democráticamente a sus representantes para los diferentes estamentos del Estado: local (Ayuntamientos), provincial (Diputaciones) y nacional. En éste último se instituye un sistema bicameral: en el Congreso de los Diputados culmina la representación vecinal, mientras que en el Senado lo hace la representación del mundo laboral. De las reuniones plenarias de ambas cámaras surgen las leyes y los gobiernos.

No existe ningún mecanismo adicional de elección de representantes. Al votar a uno de sus vecinos o de sus compañeros de trabajo en el transcurso de una Asamblea, cada individuo puede estar eligiendo, sin saberlo, a un Diputado, un Senador o al próximo Presidente del Gobierno.

Como ya se ha indicado, los representantes electos están sometidos al mandato imperativo de sus electores. Su primera responsabilidad es la de establecer y mantener un canal de comunicación fluido con su Asamblea de procedencia. A partir de entonces queda obligado:

§ A elevar a rango de propuesta legislativa las decisiones y peticiones debatidas en el seno de las Asambleas.



§ A solicitar el pronunciamiento vinculante de las Asambleas respecto a cualquier iniciativa legislativa promovida en el seno de las instituciones del Estado.

Las leyes, en definitiva, se aprueban o se rechazan a través del voto mayoritario de las Asambleas vecinales o laborales.

d. *Principios económicos.*

El principio absoluto del Estado nacional sindicalista es la servidumbre de la economía a la consecución del pleno empleo.

Falange Auténtica estima que este objetivo es incompatible con el principio capitalista de la acumulación de riqueza. En consecuencia, el Estado falangista procederá a la **interdicción de la propiedad privada sobre los medios de producción**. Dicha propiedad pasará a manos de una institución democrática de carácter no estatal: los sindicatos.

Entre las funciones básicas de estos sindicatos falangistas se encuentra:

§ La creación, suspensión o liquidación de empresas. De oficio o por iniciativa particular. Por criterios de rentabilidad y de pleno empleo.

Las empresas son propiedad de los sindicatos, que las han constituido, financiado y apoyado en su competencia con las empresas capitalistas en el libre mercado. Pero la plena gestión de las mismas compete a los socios-trabajadores de cada una de ellas. Tal es el fundamento de la *autogestión falangista*.

Junto con la elección y fiscalización de los representantes político-laborales, mencionadas en párrafos anteriores, las Asambleas laborales toman todas las decisiones directivas de las empresas a que pertenecen.

La morfología de esta autogestión es muy variada, ya que los socios-trabajadores pueden optar por un abanico que va desde la gestión asamblearia –la que ofrece más dudas de orden práctico– hasta la designación de un equipo directivo interno con un mandato temporal, pasando por la contratación de una empresa externa para la prestación de servicios.

La cualidad de un modelo autogestionario no puede ser establecido de un modo tajante. La única condición inapelable es la potestad de la Asamblea para recuperar la gestión de la empresa en cualquier momento. En otros términos, las Asambleas laborales vendrían a cumplir las funciones que competen a la Junta General de Accionistas en una empresa capitalista si ésta, realmente, pudiese ejercer un poder fiscalizador sobre sus Consejos de Administración.

Como ya se ha indicado, el límite a la potestad autogestionaria de la Asamblea es el de crear, suspender o liquidar empresas, funciones que corresponde a los sindicatos.

§§ La gestión íntegra de la banca sindical, que constituye la única corporación de ahorro, crédito, inversión y finanzas prevista en el Estado falangista.



No es una banca nacionalizada. Su gestión depende, en última instancia, de las Asambleas laborales con reserva de los reglamentos técnicos que rigen su viabilidad y la salvaguarda de los intereses de los usuarios.

Todos los recursos de la Banca Sindical tendrán como horizonte la creación de empleo de calidad, a partir de la regeneración o transformación de nuestro tejido productivo.

En la actualidad, el emprendedor debe responder con su patrimonio y su futuro a los préstamos abusivos de las entidades de crédito. Un error de cálculo en su proyecto empresarial puede conducirle a la ruina. Paradójicamente, es un riesgo para la propiedad privada el que asumen los emprendedores en el régimen del capitalismo.

En el extremo contrario, la quiebra de una empresa puede devenir en impagos a trabajadores y proveedores sin que el promotor aprecie una merma sustancial en el capital personal necesario para constituir una nueva sociedad.

En el Estado falangista son los sindicatos de trabajadores quienes asumen los riesgos y las responsabilidades últimas. La Banca Sindical concede financiación únicamente a las iniciativas que estima viables y sin exigir como contrapartida la devolución del crédito, sino la cesión de la propiedad de la empresa a sus trabajadores, constituidos en Asambleas laborales. Esta última exigencia tan sólo persigue dos objetivos: garantizar el modelo autogestionario y maximizar el potencial de generación de puestos de trabajo de cada unidad productiva. La acumulación de riqueza no está proscrita en sí misma, pero queda absolutamente supeditada a la consecución del objetivo de pleno empleo.

§§§ El asesoramiento del poder político sobre la situación económica, social y laboral.

En la elaboración de las leyes el Senado, como cámara de representación laboral, se beneficiará de la inteligencia acumulada por los sindicatos en los diferentes sectores de la actividad económica, asumiendo éstos un carácter consultivo.

§§§§ La formación necesaria para la conversión de los asalariados capitalistas en socios-trabajadores de sus empresas, y la capacitación de éstos en las habilidades directivas a través de una red de escuelas de negocios sectoriales, en colaboración con la Universidad.

El Estado sindical estará bien dimensionado, pero presentará una clara tendencia al minimalismo. Cree en la plena responsabilidad personal y se previene mucho de entorpecer los flujos creativos de la sociedad. Un principio que se asocia con el liberalismo, pero que resulta insustituible en el modelo autogestionario que buscamos.

En consecuencia, el *nuevo Estado* se muestra refractario a cualquier forma de planificación económica. Las únicas salvedades a esta restricción provienen de la necesaria protección de los más favorecidos y la prevención de la pobreza y la marginalidad. En este sentido, regulará los mercados de bienes básicos a fin de incluir un panel de precios máximos en los suministros esenciales para la comunidad: luz, agua, gas, vivienda y comunicaciones.



e. *Principios físicos:*

El Estado nacionalsindicalista mantendrá su intención de exportar la Revolución a todos los países empobrecidos bajo el yugo del capitalismo y la democracia aparente. De manera muy especial, a las repúblicas hermanas de América. **Falange Auténtica** confía en promover en las gentes de esos países, que en otro tiempo fueron España, el deseo de incorporarse por derecho propio al gran proyecto hispánico de la Revolución.

En un orden muy diferente, el ideario falangista es consciente de las desventajas históricas acarreadas en el pasado por nuestro secular déficit de natalidad. Aspira, en consecuencia, a una Patria demográficamente fortalecida. El apoyo del Estado se concretará en políticas económicas y sociales destinada a incentivar la natalidad, dentro del más escrupuloso respeto a la libertad de las personas.

Consecuentemente, el Estado futuro cultivará una sensibilidad especial a la protección de la infancia y la tercera edad.

f. *Principios culturales.*

La Patria española conservará siempre su diversidad cultural como un bien intrínseco. Estará animada por la clara conciencia del valor de la alteridad y de las oportunidades ínsitas en una racionalidad abierta al discurso divergente.

Toda su base republicana reside en el debate, en el intercambio fecundo de ideas, en la heterogeneidad de las mentalidades, en el pensamiento disjunto. La Falange sólo pide unanimidad en el proyecto común de futuro, pues asume que los activos de una sociedad verdaderamente libre se traducen en la variedad y riqueza de las opciones en liza.

g. *Principio de soberanía.*

Entendemos por soberanía el rechazo a cualquier forma de injerencia política o económica del exterior.

Falange Auténtica es consciente de la toma de distancia que, respecto a las políticas y estructuras de la Unión Europea, las diferentes etapas del proceso revolucionario traerán consigo. Este acontecimiento, dramático en muchos sentidos, es el precio exigido por la puesta en pie de un modelo político, económico y social alternativo al capitalismo y a la democracia aparente. En justa compensación, conforme esta separación se vaya haciendo efectiva, los españoles recobramos el control sobre nuestras decisiones de futuro.

Puede que este distanciamiento resulte momentáneo. La Revolución puede deparar a España un papel director en el curso de los acontecimientos mundiales. Transformarse en una Patria señera, que saque a toda Europa del ostracismo.

Capítulo aparte merece la necesidad de conquistar una soberanía energética al margen de los gigantescos oligopolios nacionales e internacionales, sus prácticas lobistas y su boicot a las energías alternativas. El nuevo Estado dedicará todos los recursos humanos y económicos



necesarios a lograr un desarrollo pleno de las energías renovables, con especial incidencia en aquellas que mejor convienen a nuestro potencial productivo. En modo alguno aceptará el chantaje capitalista para continuar consumiendo una energía cara, antiecológica y extranjera. A costa, para mayor escarnio, del sufrimiento invernal de las familias incapaces de asumir su factura, y de la brutal incidencia de la variable energética en el cálculo de nuestra productividad económica.

CONCLUSIÓN

***Falange Auténtica* convoca a los catalanes, como al resto de los españoles, a la refundación de la Patria española y a la conquista de un tiempo nuevo donde imperen la dignidad humana, la justicia social y la libertad personal a todos los niveles.**

Excurso: nuestra crítica a la ideología nacionalista

El catalanismo no puede disimular que su nuevo Estado transitará por un periodo de privaciones y sufrimientos severos. Para evitar la desafección, ofrece un cálculo de muy corto alcance: el que medie entre la proclamación de independencia y la adhesión a la Unión Europea como miembro de pleno derecho. Nada les autoriza a expresarse en esos términos, ni mucho menos la obstinada insistencia de Bruselas en un sentido contrario.

En cualquier caso, la independencia va a requerir de los catalanes que asuman la penuria con confianza, sentido del deber patriótico y alegría.

La aceptación voluntaria de la inversión del papel del Estado, de servidor a receptor de servicios, hace que el mito de la *nación catalana* cobre una importancia capital. Cualquier dificultad se mostrará impotente para contraer el espíritu *nacional* de los ciudadanos, impulsado por los ideales de la dignidad y la libertad de Cataluña.

Falange Auténtica no responderá al soliloquio del nacionalismo periférico con fórmulas prestadas por un nacionalismo centralista. Ambas posiciones responden a una misma teratología de la percepción, comparten fuentes doctrinales y vislumbran objetivos idénticos.

La turbidez del debate, con elementos esencialistas a partir del ser de España y de Cataluña, favorece la estrategia nacionalista. Consiste ésta en agudizar los aspectos más subjetivos del conflicto para eludir aquellos que podrían favorecer su recomposición racional.

Hay que advertir, en todo momento, del riesgo de lanzar la reflexión tras un señuelo ideado para la distracción del momento táctico en que nos encontramos.

Falange Auténtica no incurrirá en la torpeza de responder al órdago nacionalista con cartas que no corresponden a esta partida. Plantear la cuestión en los términos de una quiebra del concepto histórico de España resultaría un error, tan grave como grato a los nacionalistas. Aquí, lo que se dirime no es la metafísica de España sino la permanencia o ruptura de la integridad del Estado. La discusión seráfica franquea el acceso a las etapas que el independentismo tiene marcadas.



Falange Auténtica encara el proceso independentista con la advertencia de sus efectos perversos para catalanes y resto de españoles. De consumarse, el nivel de vida y las posibilidades de desarrollo de ambas partes resultarían irremediabilmente dañados.

Es claro que nuestras razones no satisfarán a los simpatizantes del nacionalismo, ni mucho menos los decidirá a deponer su amenaza. A cambio, no cederemos nosotros en nuestra intención de mantener el debate fuera del sentimentalismo propio de todos los lenguajes nacionalistas.

La crítica de **Falange Auténtica** a esta ideología no se dirige al debate público, para evitar que la atención de la opinión pública se desvíe de lo que hoy verdaderamente importa: **los efectos prácticos, no metafísicos, de la partición de España**. Se trata de un discurso para el consumo interno, cuya única función es aportar coherencia a nuestros postulados.

En clave interna, por tanto, desarrollaremos en este excursio parte de nuestra crítica a una ideología superada.

— *Una ideología neorromántica.*

Los espíritus críticos con el nacionalismo inciden en las carencias intelectuales de sus postulados, de su interpretación de la Historia y de su antropologismo cultural.

Una batalla desigual, pues dispares son las armas en liza.

El nacionalismo responde a los argumentos racionales con un lenguaje sentimental. No discurre con la lógica, sino con las emociones.

Este modo de proceder ya tenía cultores previos. Por su indisoluble asociación con la emotividad, *nación* y *nacionalismo* son términos profundamente románticos. Escuela que reivindica la prevalencia del sentimiento sobre la razón. Se precisa el entorno afectivo del *sentirse* catalán, vasco, batueco o español para pretender reivindicar la estructura de un Estado para dotar una víscera sentimental.

Sin olvidar el halo de romanticismo que envuelve, *per se*, a toda causa trágica o épica.

La razón se reivindica a sí misma como provisora de sentido para la realidad circundante. En la posmodernidad que atravesamos, cede en sus certidumbres para dejar expedito el terreno a toda suerte de supercherías. Como consecuencia, la emotividad cobra un predicamento mayor. El criterio de la mayor racionalidad, que tan excelentes resultados cosechara en el pasado, se ve desplazado por el de mayor emotividad. Frente a este movimiento dialéctico no cabe otro recurso que reforzar nuestro clasicismo y facilitar la némesis y el retorno de la racionalidad como criterio de actuación.

— *¿Qué es una nación?*

Nadie responde de manera plenamente satisfactoria a esta cuestión. Queda por precisar el sentido de esta palabra, que se utiliza como si fuera clara mientras es genérica y ambigua.

Atendiendo a su etimología, *nación* sería *el lugar donde se nace*.



Este *lugar* viene conformado por la superposición duradera de un territorio, una población, una historia y una cultura compartidas.

Sin embargo, el compás con que trazamos los límites de ese *lugar* ofrece diámetros muy variables, que pueden abarcar desde la aldea hasta el continente. Hay quienes se sienten, incluso, *ciudadanos del mundo*.

Los nacionalismos de todo cuño perciben lo nacional (de *nascor*, nacer) como una tendencia a cristalizar en estructuras fijas, diferenciadas, claramente establecidas. Sin reparar en la elasticidad de las fronteras, la fluctuación de los sustratos poblacionales o la maleabilidad de las interpretaciones históricas.

El aspecto del nacionalismo que mejor resiste la crítica es el cultural. Ser catalán significa algo, desde luego. Indica la permanencia de unos hechos y productos culturales asociados a una determinada área de influencia geográfica y humana. Una evidencia al margen de toda duda.

A partir de esta componente cultural de primer rango, el nacionalismo exagera el valor de la *diferencia*. Por eso, si hay un hecho que lo exaspera es que todas las culturas sean permeables. Y que a esa propiedad deban su misma supervivencia. Para mantenerse diferentes, las culturas han de permanecer recludas sobre sí mismas, homogéneas en su interior y separadas todo lo posible en lo exterior. Allí, todo impulso novatorio huelga.

En su intento por evitar los riesgos que comportan los procesos de aculturación y de ósmosis con la vecindad, la obsesión diferencialista colisiona con el flujo natural de las cosas. Afectada de endogamia, la ideología nacionalista comporta en realidad la esterilización de la cultura que se intenta preservar intacta.

En términos sociológicos, a una cultura volcada hacia su diferencia corresponderá una sociedad hermética a la alteridad, uniforme e incapaz de renovarse. Todos los Estados étnicos, lingüísticos o religiosos se acompañan de sociedades cerradas, que imponen la exclusión del extraño. Este modelo constituye la antinomia canónica de la sociedad democrática, plural por definición.

El precipitado nacionalista plantea, en fin, dudas fundamentadas sobre su cualidad política. No en balde, nacionalismo y totalitarismo se han paseado por la historia gentilmente de la mano.

— *Volksgeist*

El *Volksgeist* representa uno de los conceptos fundamentales del romanticismo político, inactual como todos ellos. Según sus cultores, cada *pueblo* está animado por un *Espíritu* propio del que procede su personalidad distintiva del resto de las naciones. El *Volksgeist* constituye el ser más íntimo y la realidad más última de una *nación*. Todas sus instituciones culturales y políticas tienen origen en él.

Como instancia absolutamente superior, queda al abrigo de los avatares históricos y es inasequible a la libertad individual de las personas. Antes bien, su determinismo influye en sendas variables.



Seducida por este idealismo, la creencia nacionalista afirma una impronta indeleble del entono en que se nace. Algo similar a un carisma natal. Se trata de evidenciar, entonces, cuál es el **modo específicamente catalán de estar en el mundo**. O español, por no incurrir en la esterilidad de enfrentar a los nacionalismos periféricos otra forma de nacionalismo.

Las posturas no nacionalistas, más cosmopolitas, recelan de la existencia del *Volkgeist* y reclaman pruebas de su influencia sobre los sujetos individuales y colectivos. A su parecer, el *nacionalismo* alega percepciones subjetivas reiteradamente denegadas por los datos. **En lo fundamental, impera en todas partes una misma y única visión del mundo, la que destila la mentalidad llamada occidental, en vías de universalización.**

No puede resultar más oportuna la máxima de Pío Baroja, *el nacionalismo se cura viajando*, para apreciar que el diferencial de lo catalán, vasco o batueco apenas supone algo en el vasto complejo de lo humano.

En materia de consumo, de producción cultural, de filosofía, de música y, en fin, de todo aquello que tendemos a clasificar dentro del concepto genérico de cultura no se aprecia lo que separa a un joven catalán, vasco o castellano de un joven de Londres, París, Tokio o Nueva York. Ni se vislumbra en qué pueden decirse profundamente diferentes. Incluso los distingos más perceptibles, por muy alto bordo que se les asigne, se irán difuminando conforme se complete la plena asimilación cultural a escala global.

La doctrina del *volksgeist* resulta en exceso argumentativa. Entrando en contradicción con ella, ser vasco, catalán o castellano parece, más bien, algo que se aprende. Es una cuestión de neuronas, no de genes. La pertenencia se construye en el transcurso del tiempo con las más sutiles herramientas psicológicas. A veces, respondiendo a motivaciones poco elaboradas como la moda, el interés o el simple deseo de sentirse diferente. O superior, que entre ambas orillas apenas hay más de un paso.

— *La falacia de la gestión sentimental*

En sus aspectos más instrumentales el nacionalismo es una falacia. Supone la manipulación de los sentimientos colectivos de arraigo y pertenencia en favor de los intereses particulares de una clase.

Su éxito depende de la creencia en un factor adicional de buen gobierno en las elites administrativas locales, imbuidas por el amor hacia lo propio y diferente. Por definición, un político nacionalista no puede actuar contra los intereses de la *nación* a la que sirve. Todos los males que la aquejan proceden, en consecuencia, del exterior.

Esta *ley de acero* es inmune a los datos de la realidad. De nada sirve alegar en su contra la evidencia de corrupción política, a la que no son ajenas las instituciones controladas por el nacionalismo. Por el momento, los gobiernos proindependentistas han quebrado financieramente a Cataluña, emitiendo deuda en cantidades demasiado elevadas para poder ser refinanciada. Exige, además, que el interés de la *nación* pueda contraponerse al de los ciudadanos, una vez analizados los efectos perversos que se deducirían del proceso independentista.



Finalmente, es un presupuesto que fricciona con el carácter dinámico del *kairós* nacional. Si verdaderamente existiera una forma catalana diferente de hacer política, un mínimo atisbo de lealtad hacia sí mismos obligaría a los catalanes a ser más ambiciosos en sus pretensiones. Ejercer su liderazgo en toda España, no sabemos si más allá de las *columnas de Hércules*. En todo caso, no en los estrechos límites de los *països catalans*.

